

HIJA DEL RÍO



© 2023, del texto: Juliana Muñoz Toro
© 2023, de las ilustraciones: Juan Felipe Martínez
© 2023, de la edición: Tragaluz editores S. A. S.

Texto
Juliana Muñoz Toro

Ilustraciones
Juan Felipe Martínez

Coordinación editorial y diseño
Tragaluz editores S. A. S.

Impresión
Marquillas S. A.

ISBN 978-628-95519-0-7
Primera edición, febrero de 2023

Impreso en Colombia – *Printed in* Colombia

Un proyecto de: Esta expedición fue posible gracias a:



Y otros donantes silenciosos

El contenido de este libro se puede reproducir, fotocopiar, compartir y divulgar en cualquier medio que tenga como propósito hacer pedagogía alrededor de la riqueza cultural de las comunidades indígenas que habitan la cuenca del río Putumayo-Iça. Las historias y recetas presentadas hacen parte de la tradición oral de estos pueblos, por eso confiamos en que la atribución se mantenga, independientemente del formato de reproducción.



Todas las vidas en un río se encuentran en el pensamiento



Los ríos son las venas de la tierra. En su fluir cargan historias y, al igual que las palabras, unen. Por eso, en una apuesta por conectar los diferentes pueblos que habitan el río Putumayo, mensajeros indígenas –o *chaski, yóraima, kaoyi, abuyenayá, llofuegañaíño* en lengua–, con el acompañamiento de Amazon Conservation Team, ACT, y el apoyo de Re:Wild, se embarcaron en una expedición que recorrió la cuenca desde su nacimiento, en el Valle de Sibundoy, hasta llegar a la gran planicie amazónica en la frontera con Brasil, muy cerca de su desembocadura.

Durante cuatro meses, en 2021, estos mensajeros visitaron a las comunidades que habitan en la cuenca, con quienes se exploraron las miradas y prácticas sobre este universo, que se manifiestan en los saberes, sabores y sentires que definen a cada pueblo.

En este viaje de 2.223 kilómetros, los pueblos inga, kamëntsa, siona, kofán, koreguaje, secoya, muina-murui, bora y ticuna narraron e intercambiaron sus memorias del río.

Gracias a las voces de abuelos, abuelas, mujeres, jóvenes, niños y niñas de distintos lugares de la cuenca fue posible conectar con la cultura y el territorio, en especial, para entender cómo el río hace parte de la identidad de las comunidades.

Fruto de ese cruce de objetos, experiencias y relatos, y manteniendo la tradición de la escucha y de la oralidad propia de los pueblos indígenas, nace esta publicación y su intención de prolongar ese dar y entregar río, de seguir encontrando las vidas que desde el pensamiento habitan el Putumayo.

La mensajera

Dicen que de nacimiento yo fui un jaguar. Dicen que fui convertida en niña para caminar en dos pies y poderme acercar a las personas. Que solo siendo humano iban a entender el mensaje que debía llevar en forma de palabra. Pero yo era jaguar, hija del río, y mi lengua era la del agua.



El río es mi madre y mi padre porque el río es el hogar.

El río estaba enfermo. No solo de sequía, contaminación, desaparición de sus especies, daños en sus orillas, sino que también estaba enfermo de olvido. De la desconexión entre el cuerpo humano y el cuerpo río.

¿En dónde iba a llevar las palabras que pudieran sanar al río Putumayo? Pensé que quizá en un totumo dentro de mi mochila; además, podía beber de ellas cuando tuviera sed y no recordara el camino.



Sabía que como niña jaguar no podía salvar al río.
Pero podía ser mensajera o *chaski, yóraima, kaoyi, llofuegañaíño, abuayenayá*. Unir diferentes voces, encontrar conexiones.

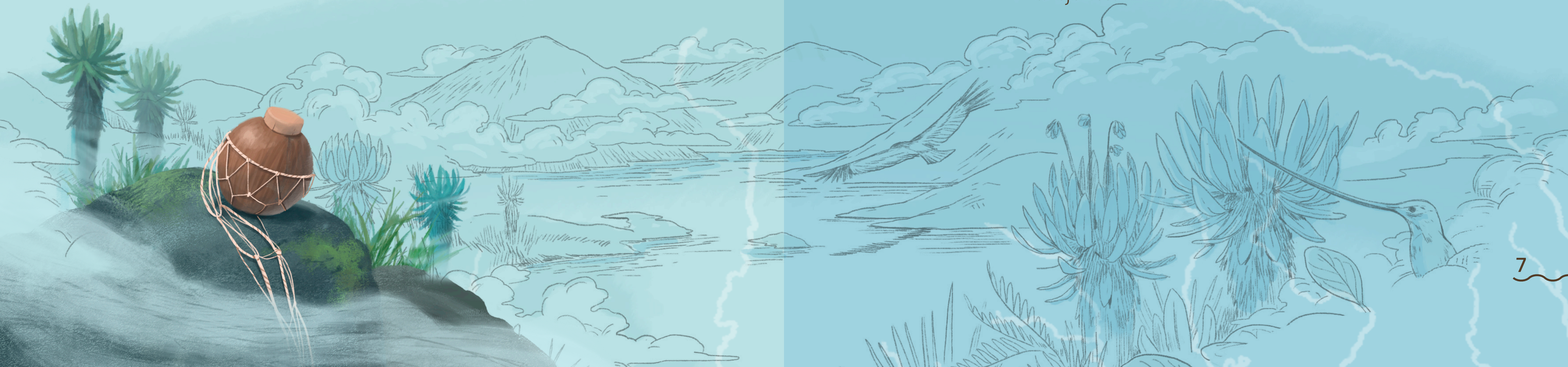
Para dar un mensaje también es necesario aprender a recibirlo.

Dar y recibir río.

El río montaña

Alto Putumayo

Empecé camino donde nace el río. Allí donde las nubes y las montañas se besan. Se supone que las nubes bajan, pero a mí me parece que las montañas suben hasta llegar al cielo. Es por eso que los páramos están llenos de estrellas blancas... o frailejones.



Vi a una *batá*, o tía mayor de la comunidad, buscando guayabilla y granicillo en el páramo. «*Bastí*», me saludó. «*Ndé*». «*Tšabá tsmojabobiný?*» me preguntó y le respondí que me sentía muy bien, en esa misma lengua que nos enseñaron las estrellas: «*Aiñe tšabá aslëpay*». Me dio su mano y la sentí tibia, aun cuando el frío me hacía temblar. Un oso de anteojos nos observaba a la distancia.

Le conté que buscaba un regalo para sanar al río, pero que no sabía cuál era su forma ni su nombre. Ella me compartió ‘un pensamiento bonito’, *tšabe juabna*. Me pareció profundo y bastante liviano. Le acerqué mi totumo y ella le habló, como si los secretos fueran palabras mágicas.

-Nuestros mayores cuentan que el río es vida, y cuando es vida es una persona -me dijo la *batá*.

-¿Un río es una persona? -respondí confundida-, pero un río no tiene manos.

-Tiene brazos con los que alimenta a muchos en su recorrido. Por eso el agua simboliza la vida.

-¡Sí! Es madre.

-El río tiene voz y siente. Algunos escuchan hablar al espíritu del río.

-¿Y qué dice?

Ella apenas se sonrió.



Esa mañana la *batá* me invitó a su casa en Tabanók, en el territorio del Valle de Sibundoy. Sus hijos salieron a saludarme y el taita me recibió con un abrazo. Vi su collar de colmillos y supe que lo había visto antes en un sueño, o un recuerdo, que es lo mismo. La neblina envolvía la chagra donde recién habían cosechado maíz, cuna, fríjol y coles para preparar *bishana*, una sopa tradicional. El aire estaba fresco, húmedo.

Los mayores encendieron la tulpa, *shinÿak*, y los pequeños nos hicimos alrededor. Éramos un círculo, una familia. El taita comenzó a contar historias de cómo su padre le enseñó lo que sabía, y de cómo el padre de su padre le enseñó a él esas cosas también. «¿Qué cosas?», pregunté. El taita pensó por un momento y luego dijo: «*Mochtenojuaboy botaman*

jtenbuayenam», ‘reflexionemos pensando bonito’, «*jtsakëkjnayan y jtsatakochbuachan jajem corent botaman chaotrocám*», ‘conservando la semilla en el corazón para sembrar un cambio para la vida’.

Mote, gallina, ají. Compartimos el alimento, que es perdón, es río y es tierra. Los mayores bebieron chicha de maíz y tocaron la flauta porque era *Bëtsnaté, Atun Puncha* o el Día Grande. Los collares de semillas llevaban la melodía de las piedras en la corriente. Ese momento no cabía en mi totumo, pero lo guardé en mi voz para cantarlo.



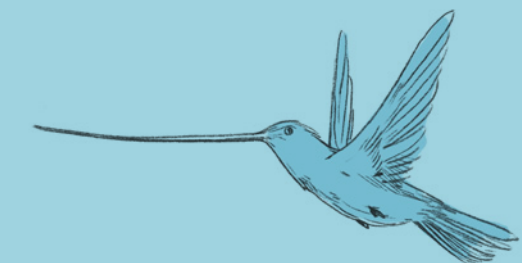


Llovía y llovía y seguimos celebrando a pesar del agua. Agua que venía de ser océano y páramo. Agua que iba a ser río.

Saliendo de Sibundoy me encontré con dos jóvenes amigas. Una era inga y la otra kamëntsá. La más grande era la niña Luna, *juashkón*, y trenzaba la larga cabellera de la más pequeña. Luego le puso una corona tejida con pensamientos. Como el color del arcoíris reflejaba su espíritu, la llamó niña Arcoíris, *llaugtu*. Juntas eran dos pueblos tejiendo un solo pensamiento.

Le pregunté a la niña Arcoíris si ella también sabía tejer. Claro que sabía. Me dijo que tejer era una forma de escribir, pensar, ver y sentir el mundo. «Siendo kamëntsá e inga –dijo la niña Luna– cuidamos nuestros ríos y quebradas desde cada uno de nuestros tejidos porque ahí plasmamos las historias y las enseñanzas que nos han dejado nuestras abuelas».

La niña Arcoíris me mostró su chumbe o faja tejida. Le pasó la punta de los dedos para leer sus formas no solo con sus ojos sino también con sus manos. Yo, que fui jaguar de nacimiento, me sentí identificada ante un gesto tan delicado. «Es nuestra propia historia –dijo–, que también es la del sol, la luna, la tierra y las estrellas».



– Sigue tu camino por allá, pero sigue en silencio
– me advirtió la niña Luna– para que no vayas a despertar al río.

–Tranquila, la palabra la guardo en mi totumo.

–El agua *bejay / iaku* es un niño que a medida que recorre el camino del territorio toma fuerza y crece.

–El río está vivo. Los árboles y las montañas son sus venas –agregó la niña Arcoíris.

–*Pay* –les agradecí–, llevaré este mensaje.

–*Mo base ratëskam* –se despidió la niña Luna en kamëntsá.

–*Kallakam* –se despidió la niña Arcoiris en inga.

Por encima del totumo se veía el verdor de la montaña. Al volverse palabra, hasta el paisaje más extenso cabe en un pequeño recipiente.

Me hubiera quedado más tiempo, pero como mensajera debía avanzar. Una canoa me esperaba al borde del río al igual que una danta bebiendo agua.



El río chagra

Medio Putumayo

El río cantaba y rugía. El río nos miraba con sus ojos de piedra y corría bajo los puentes. Tenía la cola enroscada y los colmillos le sobresalían en la superficie. Con sus garras tallaba los caminos por donde pasábamos.

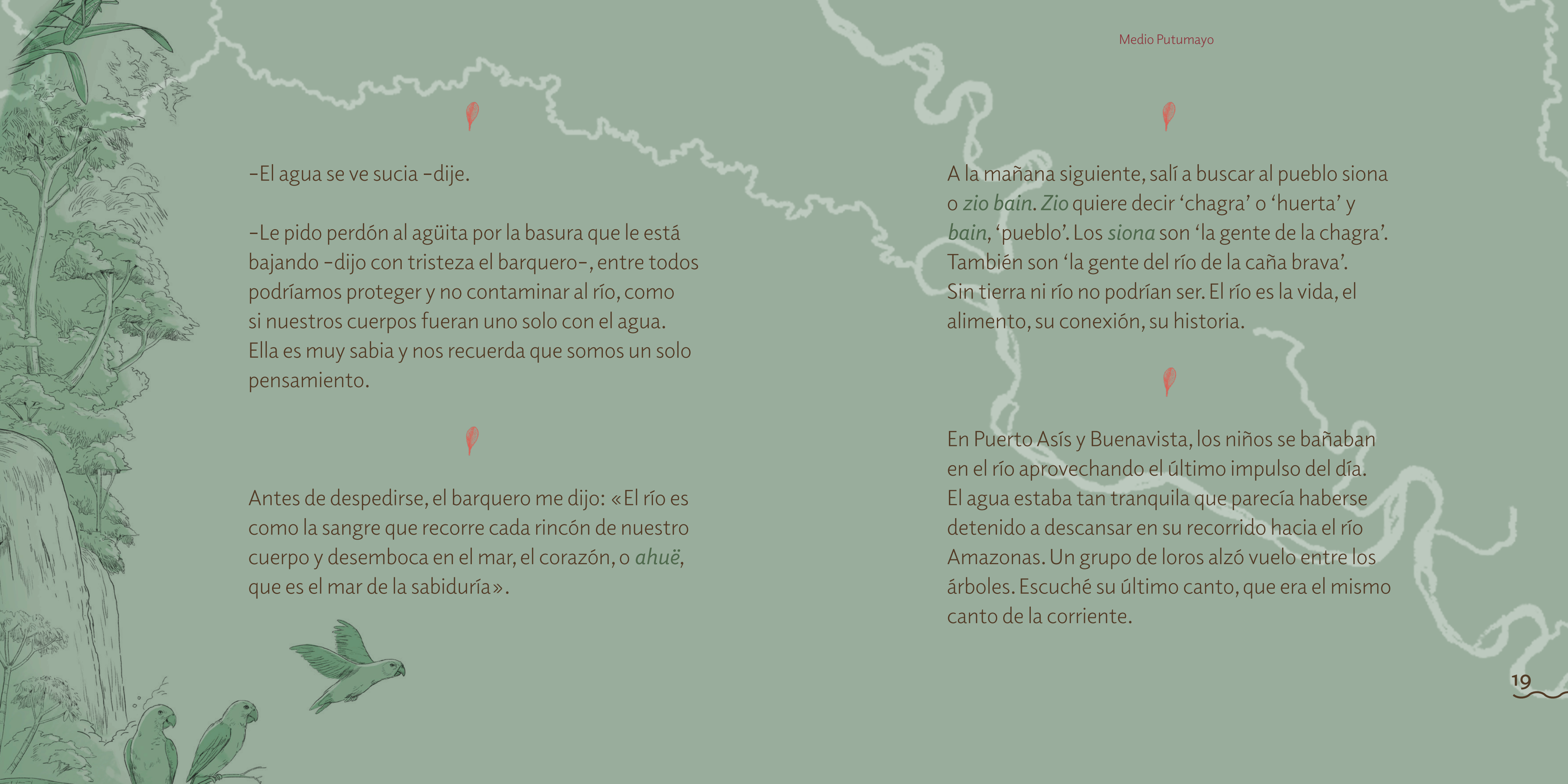
Cuando salimos de la corriente más veloz, el barquero miró hacia el frente. Alcanzó a ver en su memoria el puerto al final de la curva del río, ese niño que crecía y crecía apoyándose en los árboles del borde.

No es que fuéramos lento, es que el tiempo se multiplicaba.

Al mediodía cayó un aguacero. «El espíritu del agua no se acaba nunca», me dijo el barquero.

Recogí un poco de agua en mi totumo. Pero no era solo agua. Tenía residuos y malos pensamientos. Si en aquel lugar la gente se curaba con plantas, al río también había que llevarle un remedio que naciera de la tierra.





-El agua se ve sucia -dije.

-Le pido perdón al agüita por la basura que le está bajando -dijo con tristeza el barquero-, entre todos podríamos proteger y no contaminar al río, como si nuestros cuerpos fueran uno solo con el agua. Ella es muy sabia y nos recuerda que somos un solo pensamiento.

Antes de despedirse, el barquero me dijo: «El río es como la sangre que recorre cada rincón de nuestro cuerpo y desemboca en el mar, el corazón, o *ahuë*, que es el mar de la sabiduría».

A la mañana siguiente, salí a buscar al pueblo siona o *zio bain*. *Zio* quiere decir ‘chagra’ o ‘huerta’ y *bain*, ‘pueblo’. Los *siona* son ‘la gente de la chagra’. También son ‘la gente del río de la caña brava’. Sin tierra ni río no podrían ser. El río es la vida, el alimento, su conexión, su historia.

En Puerto Asís y Buenavista, los niños se bañaban en el río aprovechando el último impulso del día. El agua estaba tan tranquila que parecía haberse detenido a descansar en su recorrido hacia el río Amazonas. Un grupo de loros alzó vuelo entre los árboles. Escuché su último canto, que era el mismo canto de la corriente.



Caminé sobre las rocas de una quebrada como cuando era jaguar. Una mujer bajó a su hijo, que dormía en una tela amarrada a la espalda de ella, y lo dejó en la orilla. La mujer se remangó su vestido de flores y sumergió los pies. Me dijo que con las piedras pequeñas de río se podía hacer un collar. «Le pondré color con alas de escarabajos verdes», explicó. Cada elemento lo iba guardando en una mochila tejida a mano que me recordó a la red de pesca. Pescaba belleza.

En una de las chagras, la *ahuera*, o abuela, estaba arrancando la maleza con sus manos de algodón de azúcar. Me extendió una planta de chonduro como regalo de armonía espiritual. «Es importante perdonar –dijo–. El perdón es al espíritu como la lluvia al río».

«A donde me vaya arrastro mis plantas que, al igual que yo, se adaptan –le explicó la *ahuera* a sus aprendices–; hay que bañarse con la planta de la alegría, *main bojo ye*, para sentirse contentos pese a las dificultades, y una cocción de *gonó ma' ña* o albahaca para la protección y tranquilidad».

La chagra era un salón de clases a cielo abierto donde las abuelas enseñaban el conocimiento medicinal que se ha transmitido durante muchas generaciones.

Guardé un nido del pajarito toreador, *Bi'a ziario*, una pajita que las mujeres siona usan como sahumero para que los niños no lloren. «Ojalá que no llores más, niño río. Hay una selva que te cuida. Y a la selva la cuidan todos los pueblos».

En las veredas se celebraba la Fiesta de la Pascua siona para recordar a nuestros ancestros. Escuché la percusión de las conchas de tortuga y armadillo, las flautas y los cascabeles atados a los tobillos danzantes. Mis piernas también bailaban, tenían voluntad propia. Se movían nadando a favor de la corriente.

Era de noche, hora de la despedida. Los mensajeros siempre vamos de paso y en cada lugar también dejamos algo. La *ahuera* de la chagra me invitó a comer en su casa antes de partir. «Aprovechemos –dijo– que el río nos trae el alimento».

Sirvió pescado ahumado y ají negro. Luego repartió un casabe que había hecho después de rallar la yuca brava para quitarle lo brava. Su esposo, uno de los taitas del lugar, sirvió chicha de yuca y plátano diciendo: «Hay que alimentarse bien para vivir mucho tiempo, como nuestros abuelos». También nos contó que nunca cazaban ni pescaban más de lo que necesitaban.





-Tomamos remedio para mirar cómo está el territorio y el río -contaba el taita-, así sabemos cómo protegerlo.

-¿Remedio? -preguntó el más pequeño.

-El yagé, *ë'co* o bejuco del alma. Con esta planta sagrada buscamos a los que ya no están. Con ella seguimos caminando junto a nuestros antepasados.

Partí a la mañana siguiente en una canoa hecha con el tronco de un gigantesco árbol. Miré al cielo, y las nubes me recordaron que los ríos también vuelan.

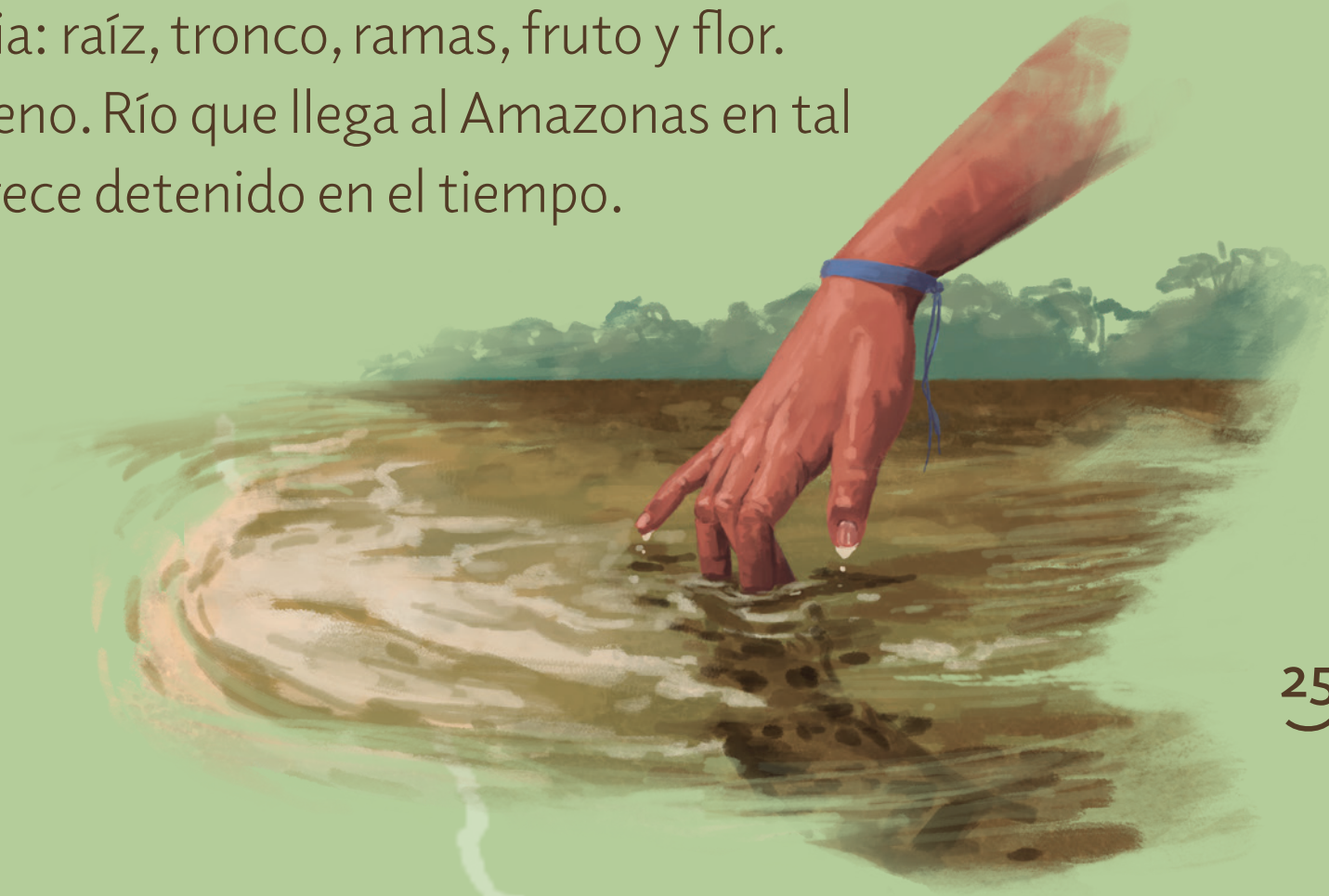
Bajo Putumayo

El río árbol

Bajo Putumayo ~~~~~

Saqué mi mano de la canoa y sentí la piel fría del río. Esa piel que se renovaba, piel de boa que enlazaba seres vivos y territorios. Ese animal tenía muchos años. Animal viajero que sabía a dónde iba y de dónde venía. Era el camino mismo. Era el lomo de un bufeo, de un delfín que me transportaba.

El río es un árbol, *wone*, ceiba, *moniya amena*, árbol de la abundancia: raíz, tronco, ramas, fruto y flor. Río calmo y sereno. Río que llega al Amazonas en tal silencio que parece detenido en el tiempo.



Nos alcanzó la noche. Una tormenta eléctrica se asomó detrás de los árboles e iluminó las orgullosas olas del río. Era la hora de nosotros los jaguares, también de los tigrillos y los mosquitos. Ya las dantas se escondían en los matorrales. Ya se escuchaban los grillos y las ranas a lado y lado del agua.

«La naturaleza se comunica –me dijo el pescador–, algunos sonidos son dulces, otros asustan, hay sonidos que traen noticias, otros anuncian el amanecer; oye ese grillito que canta justo antes del alba: siriri siriri. Todo es posible en un río en movimiento», dijo con voz muy suave para no despertar aún a las garzas.



Al navegar por el río Putumayo viví sus transformaciones y yo me transformé con él: de montaña a chagra, de chagra a árbol; de jaguar a niña, de niña a mensajera.

El bajo Putumayo tenía muchos poblados: Tarapacá, Puerto Arica, El Estrecho, Mairidikai, Ventura, Puerto Alfonso, Ikato o El Encanto, Peña Roja, Puerto Leguízamo... y también varios pueblos: quichwa, ocaina, maijuna, secoya, carijona, cocama, yagua, bora, ticuna, muina-murui o uitoto, o hijos del tabaco, la coca y la yuca dulce. «¿Cuántos nombres caben en un río?», me pregunté. Creo que todos.



Aquí el río no destruye. Sus pobladores se adaptan a él elevando sus casas en columnas de madera sobre el agua y le dan la bienvenida para que fertilice la tierra.

Miré alrededor. Estábamos parados sobre una playa de arena con canales y pequeños cuerpos de agua que rodeaban el territorio. Había árboles con raíces largas, lejos del piso. Tal vez por la noche caminaban cuando nadie los veía. El sol salía de todas partes.

Con los ojos bien abiertos, el pescador me dijo que el territorio es un cuerpo cargado de significados; cada loma, caño, peña, roca, lago tiene un nombre habitado por seres humanos y no humanos, por plantas, animales y sonidos.

Yo, mensajera del río, escuchaba. Escuchaba con mis orejas que alguna vez fueron de jaguar.

–Antes de ir al río debemos conectarnos con él –me explicó el pescador.

–¿Cómo se hace eso?

–Pidiéndole permiso para poder pescar. Nuestros abuelos, los que saben, se relacionan con el agua, el abuelo boa, la raya y el caimán. Pero ahora está escaseando el pescado por no respetar al río.

Nos miramos en el reflejo del agua. Aceptamos en ese espejo nuestra propia limpieza y también nuestra propia suciedad. «Esa agua es nuestro cuerpo mismo», dijo el pescador.

Más adelante, agregó: «Hay que tener paciencia para ser buen pescador, así como los jaguares: quedarse inmóvil, alerta. Saber que el río también está escuchando, mirando, sintiendo. Es mortal su inmovilidad». En la quietud vimos a los peces, su magia: escamas de dragones, bigotes de magos.

Los ticuna le dicen *icha* al río Putumayo. Esa palabra es el canto de un pájaro.



Escuché que, antes de ser hombres y mujeres, los ticuna eran peces. Su padre, *Yoi*, los sacó del río con trozos de yuca como carnada.

En cambio, para los muina-murui *Buinaiño* es la madre, la que da a luz. «Ella nos recuerda –me explicó el pescador–, que humanos, animales y árboles tenemos el mismo origen».

*Újtsuh újtsúko, újtsuh újtsúko kihyajape
úijkyane hallúri ímehe illomé úmekohé
illome illome illome wuh, wuh, wuh,
wuh, wuh.*

*Újtsuh újtsúko, újtsuh újtsúko kihyajape
úijkyane hallúri ímehe illomé úmekohé
illome illome illome wuh, wuh, wuh,
wuh, wuh.¹*

¹ Tomado de *De agua, viento y verdor: paisajes sonoros, cantos y relatos indígenas para niños y niñas* del Ministerio de Cultura de Colombia y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. [Disponible en audiotecadigital.icbf.gov.co]

Así se escuchaba el canto del caracol de una abuela bora. Contaba la historia de un árbol que se tomó toda el agua de las quebradas, los ríos y los lagos. La única forma de recuperarla era tumbando el árbol.

–¿Usted en qué cree? –le pregunté al pescador.

–Que antes los bufeos o delfines se convertían en personas.

–¿Y ahora?

–En carnada –bajó la cabeza con tristeza.



Llegamos a la maloca a la hora de comer. La abuela revolvía una sopa de pescado en una caldera de barro gigante. Había alimentos, sí, pero, sobre todo, había voces. Guardé cuidadosamente cada frase en mi totumo.

–El placer de convertir la armonía de la palabra en realidades –comentó un visitante mientras sostenía una cuchara de madera tallada.

–Hay que endulzar la palabra con masato y mambe
–aprobó el chamán.

–El chontaduro es la medida del tiempo –dijo, saboreándose, el abuelo.

–La cocina es un lugar de transformación, de constante movimiento, es una acción vital y alegre. El sabor de la vida se prueba en el conocimiento de la mujer –sonrió la hija.

Conversamos tanto que se hizo un nuevo día. Acordamos caminos. Pensar, decir y hacer las cosas es «hacer amanecer la palabra».

«Los hermanos y las hermanas del río Putumayo tejemos lazos solidarios a diario –me dijo la abuela a modo de despedida–, criamos hijos ajenos, recibimos al desconocido con comida y así nos volvemos amigos, resolvemos las cosas con calma. Solo hay que seguir uniendo el pensamiento, que es el río».

Se acababa mi recorrido. Mis pies estaban llenos de barro y mis labios sonreían sin siquiera tener que pensar por qué.



El totumo

Abrí el totumo en la inmensa desembocadura del Putumayo. Me quedé un rato frente a aquellos lagos de un paraíso que no hemos perdido y vinieron a saludarme los delfines, los manatíes, los caimanes, las rayas, las tortugas del tamaño de un escudo, los pirarucús gigantes.

Volvió a mí la memoria palpitante de sabores, sentires y saberes del viaje. El mensaje no se podía leer, solo vivir. Así se sanaría al río.

El río Putumayo es una corriente de historias de lo que fue, es y será. A veces se enferma de olvido, pero si nos acercamos lo suficiente, nos bañamos en él y nos alimentamos de él, podemos recordar fragmentos. Son voces dispersas que se entretajan en el pensamiento.

Las corrientes son risas de niños, de ancianos, de madres. La risa es frecuente entre los pueblos del río, sobre todo, en momentos de extremo agotamiento. Si hay corriente, hay abundancia.

«Venimos del río, pero ¿de dónde viene el río?», les pregunté a las abuelas durante el recorrido. Varias me hablaron del Árbol de la Vida. Este era un árbol que parió una mujer. Cuando el árbol cayó, se dividió el mundo y sus raíces formaron el inmenso mar. Sus ramas se convirtieron en ríos, caños y lagos.





Dibujé de memoria el mapa del río. Lo tallé en madera, lo imaginé en el aire, lo tracé en la arena de una estrecha playa de agua dulce. Vi una serpiente, un ciempiés, una columna, una rama, una raíz, un relámpago, un hilo. Vemos en el río nuestros propios deseos.

«¿Y si el río no es una línea sino un círculo?». Tal vez es una forma más apropiada para él: se parece a la tierra, al encuentro entre amigos y familia, al ombligo. A la vida.

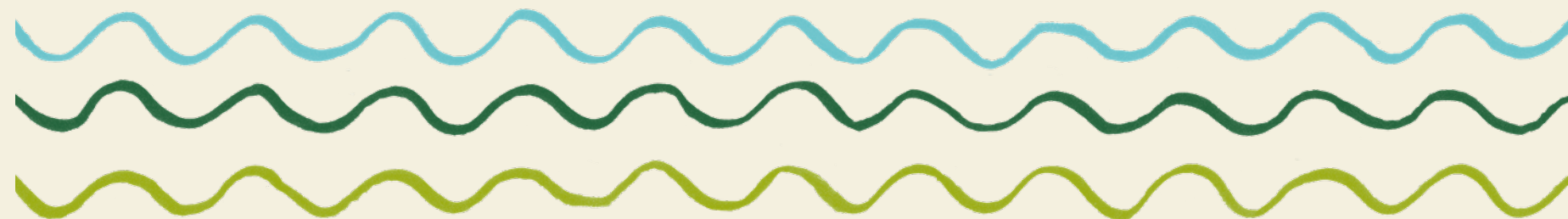
Dicen que de nacimiento yo fui un jaguar. Ahora soy mujer.



De mi vientre nacerá el más caudaloso río.

Hallazgos de la expedición

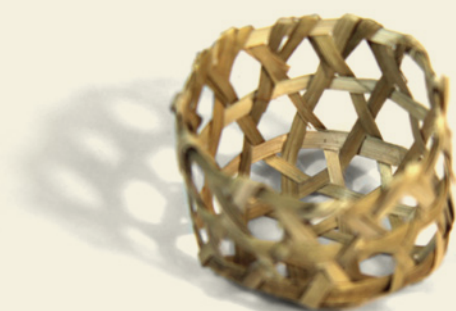
El siguiente inventario de objetos da cuenta de lo recolectado por los mensajeros a lo largo de toda la cuenca del río Putumayo. Cada comunidad seleccionó cuidadosamente qué quería compartir, qué elementos debían viajar hasta las manos de las comunidades vecinas, con la idea de que estos lograran transmitir algunas de las historias más significativas de su cultura.





Alto Putumayo

Asentados en el Valle de Sibundoy, en el territorio ancestral heredado por el cacique Carlos Tamabioy, se encuentran el pueblo inga, descendientes del imperio Inca, y el pueblo kamëntsá, habitantes milenarios del valle. Este lugar de páramos y montañas, nacimiento de grandes ríos como el Putumayo, ha sido el espacio de desarrollo y cuidado de estas culturas que, por generaciones, han sido guardianas del agua, compartiendo y conservando el territorio, los lugares sagrados, la ritualidad, la medicina tradicional, la chagra y los oficios artesanales.



Canasto // kamëntsá, inga
Utensilio necesario para guardar los alimentos de la chagra durante la cosecha. También se utiliza para almacenar el maíz.



Aventador // kamëntsá, inga
Herramienta usada para alentar el fuego, calor que reúne a la familia para compartir el alimento y la palabra.



Batea // kamëntsá, inga
Utensilio para reunir grandes cantidades de maíz mientras este se pela, muele y cocina.



Sayo // kamëntsá, inga
Tejido tradicional en lana que combina colores característicos del traje tradicional de los hombres inga y kamëntsá.



Quena // kamëntsá, inga
Instrumento de viento usado en diferentes celebraciones de la comunidad.



Narizones // kamëntsá, inga
Máscaras talladas en madera de árboles nativos como el urapán, el sauce y el cedro. Sus formas están inspiradas en rostros tradicionales.



Reboso // kamëntsá, inga
También conocido como bitiyá. El bití son los árboles que cubren el manto de la Madre Tierra, como el reboso cubre el cuerpo de la mujer y le ayuda a sostener y abrigar a sus hijos.



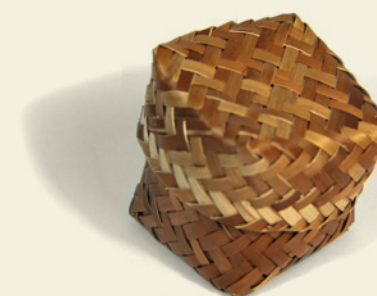
Banco // kamëntsá, inga
Utilizado para permanecer alrededor del fuego y descansar. Cada integrante de la familia tiene el el suyo, lo que representa una jerarquía entre abuelos, padre, madre e hijos.



Collar y aretes // kamëntsá, inga
Artesanía en chaquiras inspirada en las flores de la chagra.



Chumbe // kamëntsá, inga
Es una faja tejida en guanga, telar tradicional, que plasma en la simbología las historias y cosmovisión de cada pueblo.



Buchuko // kamëntsá, inga
Canasto inspirado en el tejido tradicional, adaptado con tapa para guardar objetos de valor.



Wayra // kamëntsá, inga
Objeto sagrado que se usa en las ceremonias de yagé y para limpiar males espirituales.

Medio Putumayo

En la parte media del río Putumayo se encuentran el pueblo siona, “gente de chagra y gente del río de la caña brava”; el pueblo kofán, “sabios y maestros del mundo espiritual”; y el pueblo koreguaje, “la gente de tierra”. Estos pueblos, habitantes del borde del río durante siglos, han encontrado en la medicina tradicional, y especialmente en el yagé, la fortaleza para sobrevivir a las presiones que provienen de la explotación minera y cauchera, el conflicto armado y la crisis medioambiental.



Canasto // siona
Elaborado con fibras de árboles y palmas, se usa para cosechar y guardar alimentos.



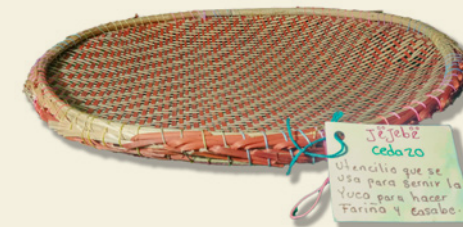
Balsa antigua // siona
Las barcas planas se usaban para navegar por el río mientras se desarrollaban labores de pesca, cacería e intercambio.



Remo // siona
Accesorio necesario para navegar en las balsas tradicionales o incluso para acompañar las travesías en barcas de motor.



Bastón de mando // siona
Elaborado en chonta (palma). Es usado por las autoridades y la guardia indígena.



Cedazo // siona
Utensilio para cernir la yuca en la preparación del casabe.



Balsa // siona
Balsa tradicional empleada actualmente como medio de transporte familiar y comunitario.



Escoba - yuaciba // siona
Implemento para limpiar el interior de las casas y la hojarasca de los patios.



Collar // siona
Elaborado con chaquiras, plumas y semillas. Se incorpora al vestido en el momento de tomar la medicina y como elementos de protección espiritual.



Mochila // siona
Elaborada con fibra de chambira (palma), es usada por las mujeres durante la siembra y la cosecha.



Bajo Putumayo

Tan diversa en culturas como en paisajes, en la parte baja del río Putumayo habitan pueblos de la cultura del yagé, como los secoya; de la cultura de la embriaguez o el masato, como los ticuna y los yagua; de la cultura del mambe, el ambil y la coca dulce, como los bora y los muina-murui; y hasta pueblos en aislamiento voluntario, como los yuri-passé, quienes decidieron adentrarse a la selva y perder contacto con el mundo occidental hace más de 120 años.



Arpón para pescar // ticuna
Originalmente, el arpón se fabricaba con el cráneo de un tapir. Esta herramienta se conecta al extremo grueso de una izana o vara larga y flexible, mediante un hilo largo y resistente de chambira. Al penetrar la presa, el arpón se libera y la presa es jalada gracias al hilo.



Escamas de pirarucú o paiche // ticuna
Las escamas de este pez (uno de los más grandes con escamas en agua dulce), son usadas como cuchara y elemento decorativo.



Ucarina de semilla // bora
Flauta de al menos cinco orificios que se usa, según el conocimiento tradicional, para cantar palabras que no se pueden nombrar.



Manilla de chambira y semillas // ticuna
Antiguamente, tanto mujeres como hombres tejían brazaletes y manillas gruesas para usarlas como decoración en brazos y piernas.



Sonajero // muina-murui
Utilizado en los bailes rituales. Se pone en torno a los tobillos o en un bastón para marcar el ritmo de la danza.



Canasto // bora
Además de su utilidad práctica, es símbolo del buen pensamiento individual y colectivo de una comunidad.



Bombón de chambira // muina-murui
La fibra extraída de la palma se hila y teje para hacer hamacas, mochilas, entre otros objetos. Es un conocimiento dominado especialmente por las mujeres.



Remo // bora
Los remos son tallados de una sola pieza, usualmente de maderas resistentes a la humedad, que provienen de árboles con raíces en forma de paleta.



Matafrío // bora
Instrumento tejido de fibras vegetales, con el cual se exprime la yuca y otras masas comestibles. Está inspirado en el método de la boa para asfixiar a sus presas.





- un libro de historias
- un libro de recetas
- un mapa
- una USB

- *ALTO PUTUMAYO*
- *MEDIO PUTUMAYO*
- *BAJO PUTUMAYO*



Saqué mi mano de la canoa y sentí la piel fría del río. Esa piel que se renovaba, piel de boa que enlazaba seres vivos y territorios. Ese animal tenía muchos años. Animal viajero que sabía a dónde iba y de dónde venía. Era el camino mismo. Era el lomo de un bufeo, de un delfín que me transportaba.

El río es un árbol, *wone*, ceiba, *moniya amena*, árbol de la abundancia: raíz, tronco, ramas, fruto y flor. Río calmo y sereno. Río que llega al Amazonas en tal silencio que parece detenido en el tiempo.

